LA NOVELA
CORTA
Desde la aldea a la Corte
o El almuerzo de un rey
por
Diego San José
10 cts.

Nº 306
AÑO VI

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.—CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624 — APARTADO 49

Madrid
Oct. 1

En nuestro propósito de divulgar las obras selectas de nuestros más esclarecidos autores contemporáneos tanto españoles como extranjeros, como lo evidencia el «Sumario de comedias publicadas» en LA NOVELA TEATRAL, vamos a avalorar las páginas de esta Revista, en la que tan asiduamente han colaborado Galdós, Benavente, Guimerá, Linares Rivas... con la firma de los ilustres

ALVAREZ QUINTERO

publicando varias obras escogidas de su notabilísimo repertorio, entre las cuales se cuenta

LA ZAGALA

que aparecerá mañana domingo.

30 céntimos

DESDE LA ALDEA A LA CORTE O EL ALMUERZO DE UN REY

EPISODIO NOVELESCO

DIEGO SAN JOSÉ

I

Don Rodrigo de Velasco Fuenclara y Medina, paseábase a grandes pasos por la desmantelada cámara de su destartalado caserón. En el centro de la anchurosa estancia veíase una amplia cama con las ropas en completo desorden y aun en más completa suciedad.

Sobre aquel mueble que por la apariencia contaba más de dos siglos y entre aquella revuelta república de ropas no nada limpia, había estado sufriendo durante tres meses su hidalgo padre el señor don Juan Miguel de Velasco Ximénez de Enciso y Alonso de Madrigal, y al cabo de los noventa y tres días, no teniendo más cosa que dar, había dado su alma al Señor.

Aun no eran pasadas cuatro horas de que llevaran la noble carroña a la bóveda de la iglesia parroquial, y desde allí a la fosa común de los pobrecitos de Dios, porque el alcurniado hijodalgo no dejaba otra cosa sobre la faz de la tierra que su hijo mayorazgo, un cuaderno en el que asentaba las deudas, un rocín flaco y un galgo viejo que parecía sombra de sí mismo.

En cuanto descansara el cuerpo muerto, quedó el huérfano libre de parientes y amigos.

Por muy grande espacio estuvo el mozo (que no llegaría a más edad que la de diez y ocho años) pasando y repasando la estancia, y en lo que duraron estos inconscientes paseos, no dejó de pesar y contrapesar las postreras razones, que ya con las ansias de la muerte dijérale el autor de sus días. En ellas iba intercalado un testamento con la total distribución del patrimonio, que así en muebles como en fincas, no era más de lo que se veía.

Una por una complacíase el lacerado mancebo en recordar las máximas y consejos del que le diera la vida y ya estaba en las tinieblas de la muerte. —"Mira, hijo—le había dicho—. Yo conozco que me voy tan por la posta, que siendo las tres de la mañana, según oigo dar en el reloj de la iglesia, no veré la luz del nuevo día. Así, pues, escúchame atento, y no pierdas una sola palabra de cuantas voy a decirte, aunque no serán muchas.

"Conmigo, muere uno de los más linajudos segundones de Castilla, pero que nuestra casa, desque muriera mi abuela (que santa gloria haya), no tiene más de pergaminos y ejecutorias, pues de los bienes, cada vástago perdió una porción, llegando a ti sólo esta mansión y unas hanegadas de tierra, que en ley de Dios y justicia de los hombres tampoco son tuyas, porque hanse quedado entre las uñas de la usura. Así es que, en efectivo, no te quedan, hijo mío, más que dos docenas de escudos, los cuales te ruego, por la pasión que pasó Cristo, que emplees en misas por ánima, el rocín, el galgo, un vestido de vellorí, el coleto de ante y una espada. Ellos pueden muy bien ser la base de tu fortuna. También te dejo una carta con la que te presentarás en la Corte, a mi pariente lejano el marqués de Siete Iglesias, que es hechura del duque de Lerma y puede tanto como el Rey nuestro Señor...

Las novelas «Inéditas» que publica esta Revista son pagadas como INÉDITAS, y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

"Y con esto, hijo, adiós, que me mudo, como dijo el otro. Daca los labios, que ya no te veo; bésame por vez postrera, y cuando ya no sea en este mundo, no me apartes de tu memoria ni de tu corazón...

"Si alguien te pregunta que de qué finó tu padre, di que de hidalgo pobre, que es la más negra lepra que existe en España, pues que la hidalguía de sangre no le consiente a un hombre de pundonor que se busque la vida con la libertad que suelen hacerlo los plebeyos..."

Y tras esta plática, que fué un sobrehumano esfuerzo para su acabado espíritu, que ya tenía muy crecidas las alas para volar sobre este valle de lágrimas, dió tres o cuatro boqueadas y fuese camino de la eterna vida.

***

El cansancio producido por las crueles vigilias pasadas junto al querido enfermo, llamó con tan grande fuerza a los hinchados ojos del infeliz desvalido, que fuéle menester buscar descanso.

Tomó la vela de sebo que en una palmatoria de peltre ardía sobre la mesa, y dirigióse a su desmantelado aposento. Cayó como un plomo sobre el flaco jergón. Poco después roncaba como un favorecido por las gracias y mimos de la veleidosa Fortuna.

***

Las sombras de la noche fueron tan benéficas y confortadoras para el desdichado mozo, que ya era día claro por todo el mundo cuando abrió los ojos.

Echóse de la cama abajo, sin curar de vestirse, porque el porfiado sueño no le consintió despojarse ni aun de la montera.

Chapuzóse muy bien con agua que él mismo fué a sacar del pozo, pues el único criado desapareció al esfumarse la última blanca de don Juan Miguel.

Algo encontró que comer en la desmantelada cocina, aunque lleve el diablo todo lo que fuera más de unas rebanaduras de queso y un mendrugo de pan, con el que si don Rodrigo fuera David, hubiese podido descalabrar muy bien al gigante Goliat.

Mientras comía muy despacio, hizo mentalmente algo de plan para su próximo viaje a la Corte, en busca del potentado que, por añeja amistad con su padre, miraba ya como un ancla salvadora en los procelosos mares del mundo.

Meditó nuevamente sobre los paternales consejos, y con los escudos delante, pensó que si los empleaba en misas por el ánima de su difunto, quedábase él a la ventura de Dios y con mucha hambre por norte. Consideró que si ciertamente aquella mezquina suma no podía mejorar mucho la comodidad de su padre en el Purgatorio o a donde Dios fuere servido tenerle, tampoco solucionaríale a él el vivir arriba de una semana, pero si los entregaba al cura aun aprovecharíanle menos, así es que dió por artículo de fe que Dios es misericordioso y tendría buena cuenta con el alma de don Juan Miguel hasta tanto que el hijo pudiese reunir el estipendio de los sufragios, ya que todo hidalgo piensa que con menos de cien misas no puede salir un alma de las antecámaras del infierno.

Y si no—decíase el arruinado mayorazgo—, ¿quién me impide oir veinte misas cada día y aplicarlas por el alma del que pudre? Cuando lleguen al trono del Altísimo éste no ha de pedirles la cédula de pago, o no es quien dicen que es si tal hace.

Con esta lógica consideración apaciguó enteramente las voces de la conciencia.

A sacarle de estas lucubraciones acudió *Garín,* el galgo corredor; desperezábase a todo su talante, como si también acabase de salir de un profundo sueño. Luego de que estiró el cuerpo y abrió la boca cuanto quiso, lamió la mano de su dueño y le hizo mil zalemas, como si con ellas quisiera preguntarle:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer, señor amo?

Acaricióle Rodrigo y le regaló con las cortezas del queso, que el can, no muy sobrado, devoró sin que tales sobras llegasen a tocar en el suelo.

Alzóse el mancebo de la tajuda en que se asentaba, ciñóse la espada, que era lo mejor de la herencia paterna, encaminóse a la caballeriza, donde con el pesebre limpio de paja y las tripas llenas de aire esperaba el malventurado rocín.

Como no tenía de quien despedirse, ensilló el deslucido cuartago, abrió la puerta del corral, y caballero sobre aquel triste armazón de huesos salió al campo, seguido del macilento can, que tenía más deseos de mover las fauces que de menear las patas.

Ni una mirada de melancolía tuvo Rodrigo para el pueblo que le vió nacer, y en donde habrían de descansar eternamente las cenizas de su buen padre. Sólo al pasar ante la lonja de la iglesia destocóse el raído chapeo y limpióse una lágrima muy amarga que comenzara a correrle por el rostro. *Garín* lanzó un aullido lastimero, que era como plegaria postrera al amo difunto, y siguió junto a su nuevo señor.

Allá quedaban en la aldea, como aves de rapiña sobre la carroña muerta, usureros, jueces y escribanos, que repartiríanse las piltrafas del mezquino patrimonio.

Una vieja madrugadora topóse con el expatriado junto a la cruz del término y estúvole mirando un buen espacio sin que él la concediera la cortesía del saludo, pues todo lo que formaba parte de la misma urbe antojábasele pestilento y tocado de maleficio.

Por apartarse más presto apretó los talones a *Polifemo,* (que desta mitológica manera llamábase el escuálido rocín), quien saliendo de su mísero trotecillo, emprendió un galope que remedaba la risible figura de un caballo de baraja.

De allí a poco comenzó *Febo* a extenderse por la llanura castellana, dando más intensidad al oro de los trigales, que ya como era Junio muy avanzado comenzaban a madurar, barruntando el filo de las hoces gallegas y asturianas y el tormento de las apretadas gavillas.

El agua de un arroyuelo cercano parecía plata bruñida con reflejos de acero.

Los pelados montes inundábanse también de sol y no quedaba más resabio de la noche que el pálido reflejo del lucero del alba en el cielo y el rocío sobre las florecillas campestres que bordeaban el camino.

Lejos veíase una inmensa línea verde, era la entrada de un frondoso bosque, el cual habría de tardar toda la mañana y parte de la tarde en trasponer, hasta dar en la venta donde prometíase (con la ayuda de Dios) hacer la primera parada de su forzado viaje.

Si el mozo Rodrigo no tuviese el ánimo arrojado y fuerte, hubiérase mirado antes de adentrarse en aquella espesura que solía ser guarida de ladrones, donde los enemigos de lo ajeno, harto mejor militarizados que las tropas del Rey, ponían contribución y pesadumbre sobre la hacienda y la vida de cuantos arriesgábanse por aquella frondosidad.

Hartos arrieros y trajinantes daban triste fe de que podían alimentarse tales temores.

En cuanto dejó de ver la torre de la iglesia y los tejados de las casas de su villorrio, detuvo la desastrosa carrera de *Polifemo,* y echándole la rienda sobre el descarnado cuello, le dejó caminar a todo su talante y satisfacción.

Como no tenía cosa mejor en qué emplear el tiempo, comenzó a deshilvanar el hilo de su imaginación haciendo tales consideraciones:

"—Si yo por mi buena suerte y para consuelo de mi desventura llego a la Corte y hallándome con el señor don Rodrigo Calderón, lee la carta de mi difunto padre, ¿quién me dice que no he llegado a las puertas de mi fortuna? Ve en mí un mozo despabilado y de no mal entendimiento, pídeme cuenta de mis deseos para mejor procurar mi porvenir, y sabiendo que no tengo más ansia ni valgo para otra cosa que para el ejercicio de las armas, dispone mi ingreso en un regimiento de los que hacen la campaña en Flandes o en Italia. Yo haré cuanto esté de mi parte para no dejar en mal puesto la recomendación de S. E. Ingresaré en las filas de S. M., y una vez que Dios sea servido de que me vea en ellas, yo juro hacer tales cosas, que de aquí a dos años seré, cuando menos, teniente de la Guardia española. ¡Voto a mí que como véame en tal auge, he de dar que sentir cuando retorne a mi tierra, si es que retorno, a toda esta rapiña, que tras habérseme comido la hacienda, me consiente marchar sin tener la cortesía de decirme:

—¡Buen viaje, señor don Rodrigo, Dios vaya con vuesamerced y le dé mejor suerte de la que tuvo hasta aquí."

Trazas llevaba el mozo de no dejar el hilo de sus fantasías y pronósticos, hasta dar por lo menos en general de las averiadas tropas de Felipe IV, cuando volviéronle a la cruda realidad unos denuestos hombrunos y unas lamentaciones de mujer...

Mas ello es cosa que, por constituir la primera aventura que tuvo nuestro hombre al salir por las veredas del mundo, merece capítulo aparte.

II

Cuando don Rodrigo de Velasco Fuenclara y Medina acudió al sitio de donde partían las maldiciones y los llantos, hallóse con un cuadro no nada risueño, a pesar de los colorines y los trapos chillones que envolvían a los personajes.

No componían los tristes otra familia ni más hermandad que una compañía de cómicos, destos que dicen de la *legua* y van desmigando su arte al través de pueblos y aldeas.

Todos hacían lamentable corro en torno a un caballejo que, vencido más por los ayunos forzosos que por los muchos años, acababa de morir.

De puro imbuídos en su tristeza, ninguno reparó en la llegada de don Rodrigo, y así él fué quien habló primero:

—Pues, ¿qué les acaeció, buenas gentes?

A que respondió el que parecía más viejo:

—La peor de cuantas miserias y desventuras se han dignado visitarnos desde que habrá tres meses dejamos la Corte: morírsenos el caballo que arrastraba nuestra farándula; tal nos ha dejado, que bien podemos dar por nuestra aquella copla que dice:

"—Contrabandista valiente,
¿qué tienes que tanto lloras?
—Que se me ha muerto el caballo,
¡ya se acabaron mis glorias! (1).

Y mientras el desdichado cómico daba estas razones al caminante, las mujeres redoblaban su llanto con tanta desolación, que el mismo cielo parecía enternecerse y comenzó a llover.

También Rodrigo se condolió muy de veras, y quisiera en aquel trance haber tenido tan repleta la bolsa como la ejecutoria de pergaminos; pero nada podía hacer por aliviar el grave conflicto de aquellos desdichados, pues que de momento tampoco se remediaba con vanas palabras.

De pronto acometióle una idea, y así como le cosquilleó por las celdillas del cerebro, sin pararse a cernerla por el tamiz de la reflexión, púsola por obra.

—Para todo hay remedio sino es para la muerte—dijo—. ¿Vuesasmercedes van camino de la Corte?

—Sí vamos—respondieron—, que por estos reinos nos ha ido como a enemigos de Dios y de San Ginés.

—Pues entonces—continuó el hijodalgo—engancharemos mi caballo al carro hasta el pueblo inmediato, y no digo más adelante porque yo tengo priesa por llegar, y si fuéramos al paso de andadura, como necesariamente habéis de ir vosotros, no llegáramos en un año.

Fué como si las tristes ánimas del Purgatorio oyesen la palabra de Dios.

Las mujeres le bendecían, y alguna que era linda sonrióle con tanta gracia, que a punto estuvo el generoso de aumentar la caridad hasta las mismas puertas de Madrid.

Los hombres le agasajaron de tal suerte, que por no sufrir sus halagos y zalemas estuvo a punto de arrepentirse del ofrecimiento.

Apeóse, pues, de *Polifemo,* acaricióle antes de emplearle en su nuevo menester, y apartando entre todos el caballo difunto, fué enganchado al carro farandulero. Mas, acaeció que el animal, ya por la falta de costumbre, ya porque habiendo

(1) Ya sé yo que esta copla, que acaso tuvo su origen en la serranía de Ronda o en el campo de Gibraltar, no se conocía en el siglo XVII, pero me ha parecido tan de perlas a la situación, que no he podido por menos de insertarla.

sido criado hasta entonces para el noble ejercicio de la caballería sintiérase herido en su negra honrilla, se negó a tirar.

No valían a convencerle del altísimo favor que prestaba todos los cariñosos razonamientos de su amo. *Polifemo,* en vez de arrancar, cejaba, y antes hubiese llegado de aquella manera a la cuadra de donde había salido, que dar un solo paso camino adelante.

Uno de los cofrades de la carátula tomó del carromato el látigo que poco antes sirviera para castigar a la difunta bestia, y asiéndole por lo delgado del junco, asestó dos furibundos estacazos sobre las hidalgas y peladas costillas de *Polifemo.* Los dos golpes sonaron como si hubieran sido descargados sobre el tirante parche de un tambor.

Tornóse Rodrigo hacia el apaleador, y dándole tan soberbio empellón que fué mucho milagro de equilibrio no venir a tierra, exclamó muy tomado por la cólera:

—¡Por el siglo de mi padre, que si sólo con una palabra dura se tiende a ofender la nobleza de este animal, no hay nada de lo dicho, pues le desengancho, y subiéndome luego en él, ahí los dejo a la ventura de Dios. No sino tengo yo a mi caballo tratado a cuerpo de rey, para que venga a molérmele a palos un galopín cualquiera.

Aunque los otros no miraron con buenos ojos el agravio al compañero, como oyeron lo del buen trato y lucidez del jaco, apenas si fueron hombres para contener la risa, y si no la soltaron a boca llena, fué por temor de que el hidalgo cumpliera su amenaza y les dejara a buenas noches.

El *gracioso* de la compañía, más filósofo y más socarrón que todos, supo salvar el conflicto muy bien tomando un puñado de paja de la que tenían prevención de llevar para su fenecida bestezuela, mostrándola al macilento caballejo.

Este, que se halló con tan blandas y alimenticias razones, depuso sus escrúpulos de caballería mayor, y haciendo un supremo esfuerzo, arrancó el pesado carromato. El comediante siguió ante él un buen espacio mostrándole el cebo, hasta que, en premio de su buen ánimo, fuésela dejando comer.

Todo el que viese a *Polifemo* en su nuevo empleo, pensaríase que no había hecho otra cosa en los largos días de su vida.

Garín, el galgo, como buen compañero, quiso compartir tan baja humillación poniéndose a su lado, con las orejas gachas y el rabo aun más escondido de lo que acostumbraba a llevarle entre las esqueléticas patas.

***

Rodrigo formó camadería con los cómicos que caminaban detrás del carro, no tardando en familiarizarse con tan buen aquel, que parecía uno más en la farándula andariega. Y aun si se tomara en cuenta su mocedad y buena planta, no faltara quien le diputara por el galán joven.

Ellos, por mostrárseles corteses y agradecidos al caso de la merced que les hiciera, fuéronsele presentando, y así conoció al *autor,* un hombre más envejecido por las pesadumbres y las privaciones que por los años; al *barba,* que era un viejo más grave que el conde Lozano; al *gracioso,* un individuo más triste que un sepulturero, y al *vejete,* que de puro tal, hablaba a golpes, como cantan las codornices, y con la voz más cascada que la campana grande de Toledo.

Conoció a la primera dama, que era una bizarra mujer en el otoño de su vida, aunque las vigilias y las escaseces traíanla un poco ajada y melancólica. Pero que un tanto restaurada de espíritu y de estómago, parecería bien y podría encender el fuego de más de un corazón amigo de los crepúsculos carnales.

También hizo amistades con aquella linda damita que le sonriera con tan buen donaire cuando ofreció a *Polifemo* para tirar del carro, y por la cual sonrisa estuvo el señor galante a punto de aumentar su fineza hasta los mismos muros de la capital hispana.

Ciertamente que su merced no era merecedora de andar en aquella mala vida, llena de sobresaltos y privaciones. Con ella mejor que con todos departió Rodrigo en lo que vino a durar aquella jornada que se le antojó por extremo breve.

Llamábase Lucecica, y por su extremada lindeza solían decirle la *Guapa.*

Los demás príncipes de la farsa, aunque a alguno de ellos, de puros celos, se le consumiera el corazón, pasaban por alto la asiduidad del buen mozo, que de corazones nobles y necesitados es el ser complacientes con quien les favorece en lo que puede.

Como todo tiene su fin en este mundo, lo mismo las venturas que las desdichas, que por esto hubo de decir aquel profundo filósofo, aventajado discípulo de Pero Grullo: "No hay bien ni mal que cien años dure". Transpuso la caravana aquel frondoso bosque, y al cabo de él dió en un pueblo, y entrando por su calle real embocó en la posada, y preciso es confesar que en ello tuvieron ventura, pues así de como estuvieron bajo techado, comenzó a tronar y llover de tal suerte, que desde el Diluvio hasta entonces no parecía haber llovido con ganas.

Recibióles el maeso de la única posada que había con algún recelo por ser comediantes; mas, como por entonces celebrábase fiesta mayor en la aldehuela, aunque refunfuñando, les consintió, entendiendo que si hacían las comedias habrían de sacar cuando menos para el subsidio del hospedaje, pues la gente del lugar era amiga de bulla.

El hijodalgo, que vió el desprecio con que eran tratados sus camaradas de viaje, apesadumbróse tanto, más que por caridad cristiana, porque en la vejación iba envuelta aquella que tan bien le parecía, que llegándose al huésped, le dijo que no tuviese cuidado, que de su cuenta corría el gasto que hiciesen aquella noche.

Miróle el huésped muy de alto abajo, y juzgándole por la traza poco en armonía con su protectorado, se atrevió a preguntarle:

—Todo eso, señor hidalgo, es tan caritativo, que entra de lleno en las obras de misericordia; pero, ya que vuesamerced sale por fiador de esta gente, ¿me dirá ahora quién le fía a vuesamerced?

Fué el primero impulso del vejado hidalgo el de cerrar a puñadas contra el desconfiado villano, pero en medio de su justo enojo tuvo un momento de lucidez para conocer que con esta clase de gente más suelen valer las razones que las violencias, y echando mano de su faltriquera, hizo sonar los 24 escudos con tanto brío, que hubiéronle de parecer doscientos al desconfiado, por cuanto haciendo una profunda reverencia y dándole mil excusas, quitósele de delante.

III

No hay para qué decir que fué aceptado el convite de muy buena voluntad, y que todos miraron al hidalgo como a la misma Providencia en forma de hombre, y no hubo fineza que no hicieran por acción de gracias.

El mismo a quien no tratara bien cuando tuvo la avilantez de asestar los palos sobre las bien contadas costillas del vejado *Polifemo,* depuso su encono y aventó los planes de venganza, pues se las había jurado para la primera ocasión; las damas le miraron lo mejor que pudieron sus ojos, y más que ninguna aquella que tan bien hubo de parecerle.

Como en los triunfos contra el hambre es siempre caudillo el buen humor, fué el caso que se despertó una sana alegría entre los comensales, tanto que más que despachar una modesta comida, pues no daba para otra cosa la magnificencia de don Rodrigo, parecía que estaban sentados en torno a la misma mesa de Lúculo.

¡Cuerpo de Dios! y qué bien lo hacían.

Juntos estaban a la cabecera la cómica guapa y el gentil hijodalgo. Cualquier recién llegado que los viese tan amartelados y rodeados de tan divertida gente, no pensara sino que celebraban su comida de bodas.

Garín, el galgo, tomó mejor esta novedad que aquella otra en que vió a su camarada haciendo de bestia de tiro, porque pudo de una parte a otra lograr sacar las tripas de las abstinencias pasadas.

En la charla que se ofreció diéronse cuenta de las vidas y haciendas, y así supieron quién era don Rodrigo de Velasco, y éste tuvo noticia exacta de la vida y milagros de la compañía desque saliera de Madrid, luego de haber hecho uno de los *carros del Corpus* en la plaza del Salvador.

Apenas dijo Rodrigo que iba a la Corte para alistarse en la *Guardia española*

con la protección del marqués de Siete Iglesias, *Marquillos* el gracioso no pudo menos de soltar una carcajada al mismo tiempo que decía:

—Pues como en toda la Villa no tenga vuesamerced más amparador de su persona, ya puede romper esas cartas de su padre, (que santa gloria haya) y buscarse la vida más en paz y en gracia de Dios, que por esa parte no hará fortuna.

—¿Pues qué pasa?—preguntó—. ¿Por acaso con licencia del duque de Lerma, no es ya mi insigne tocayo el amo de España?

—No es, y esta es su mala ventura y la vuestra.

—Desde habrá tres años que cayó desde la cumbre de su soberbia, está preso y amenazado de muerte en su misma casa—agregó Lucecica.

—Y según le tengo entendido a un primo mío que es portero de los consejos—añadió otro—, le han sido confiscados los bienes, y la marquesa y sus hijos andan poco menos que pidiendo limosna de puerta en puerta.

—¿De modo que al entrar en la villa con esta carta, antes que ir a buscar la fortuna es ir a hallar cierta, cuando no la perdición, el desvío más absoluto?—preguntó desconsolado don Rodrigo.

—Así tiene que ser—replicó el autor.

En un instante vió deshecho Rodrigo el edificio de su porvenir.

Adiós, pues, los hazañosos capítulos que se prometía en las campañas flamencas o italianas, fuese con el humo aquella soñada tenencia de la Guardia española. ¿A qué pensar en el despreciativo castigo que se proponía dar a sus paisanos por el desdén en que le tuvieron? Pues el mando en jefe de las tropas del Rey ya podía relegarlo a los increíbles prodigios de la cueva de Montesinos.

Pero de pronto topóse con los ojos lindos de Lucecica, y como por encanto se le apartaron del magín pesadumbres y miserias. Pues que era joven, fuerte y no falto de ánimos, ¿había más de trabajar? No solamente estaba la carrera de un hombre en el servicio de las banderas reales, antes en todos los caminos había veredas que llevaban a una cumbre.

—Lo que mejor podréis hacer—díjole el autor, fija antes su codicia en el caballo que en el mozo—, es aprender a representar, que a dos liciones que os dé estaréis más listo que el famoso Roque de Figueroa, y veniros con nosotros; yo pienso que nos ha de ir de perlas, pues no sé porqué se me antoja que sois hombre de suerte.

A todos pareció buena la proposición, y así levantaron la voz en su defensa.

Lucecica, por más obligarle, que también parecía gustosa de su presencia y aun más allá, dijo:

—Qué afán de forzar voluntades y de truncar destinos; acaso el hombre formadas sus pretensiones, porque haya quien le espere de antemano, mientras que aquí no tiene cosa que le llame ni ilusión que le detenga.

—Bien pudiera ser—dijo el mozo—que aquí me estuvieran naciendo raíces, y que llegue un momento que cuando quiera apartarme no pueda dar un paso.

—Me parece—continuó la moza por obligarle—que tenéis más condiciones de pájaro que de árbol.

—Cuánto va que me quedo, por lo menos hasta tanto que se disipe la mala estrella de mi amigo el marqués.

—Si esperáis tal—dijo el *autor*—, con nosotros estaréis hasta que Dios sea servido, que antes habrá de venir el Anticristo que la liberación del que dicen que dió veneno a la reina Margarita, malversó el tesoro del Rey e hizo matar de mala muerte en un camino a un alguacil.

Puso otro estudiado reparo más la *Guapa,* y fué remachar los soportes con que el señor don Rodrigo de Velasco Fuenclara y Medina y el corcel *Polifemo,* y el galgo *Garín,* quedaran sujetos a la compañía andariega de Ordoño, *el Malo,* que de esta manera se llamaba su autor.

IV

Hiciéronse las funciones convenidas en aquel lugar castellano, en que fué mejor que en todos los anteriores, porque hicieron los famosos autos del *Corpus,* que por ser cosa tan disparatada estaban al alcance de la gente rústica.

Vieron los buenos lugareños a San Miguel y al Diablo en entretenidas disqui-

siciones, vieron al Padre Eterno, hecho un barbado padre de familia, y al Género humano en mozo rubicundo y recio que se las papaba como bolas de la puente segoviana, se regocijaron con la hermosura de San Juan Evangelista, encarnado en Lucecica, y se conmovieron infantilmente cuando, como fin de fiesta, cantó la dicha comedianta aquella loa que Lope de Vega compuso para que en Madrid la cantaran los niños de la Doctrina:

"Pascual, ¿no me diréis vos
aquello branco qué sea,
que a mí me parece oblea
y el cura dice que es Dios?"

Rodrigo hizo su presentación en una de las dichas piezas, con un papel corto, en que ya demostró que sus disposiciones iban más por el camino de la guerra que por el de las artes, pues si bien es cierto que los versos que dijo, aunque malos, hubo necesidad de metérselos en la cabeza como con escoplo, estuvo a dos dedos de tornar el auto en tragedia al ver que en uno de los pasajes, el gracioso, que hacía de catecúmeno, se abrazaba con Lucecica, que representaba la Fe, gritando:

Esa cruz será mi luz,
su replandor no resisto;
quiero morir como Cristo,
tendido sobre la cruz.

Rodrigo, que como hombre más atento a cosas de blasones y empresas caballerescas sabía poco de achaques de comedias, y menos que en los *autos* y representaciones a lo divino se usaban tales disparates, tomó lo dicho en serio, y cerrando contra el inadvertido cómico, de un solo puñetazo le hizo saltar del tablado.

No es para descrita la zambra que se movió, y aunque todos acudieron contra el celoso, él para todos tenía. Tal eran su brío y la fuerza de sus celos.

Todo se compuso al fin, que el alcalde del pueblo no era hombre henchido de su autoridad, y allí mismo hizo que los rencorosos tornaran por los fueros de la amistad y siguió la comedia, aunque con advertencia al estropeado gracioso de que no detallara tan aina.

Quien menos gustó del lance fué la cómica, y sobre ello tuvieron muy pesadas razones cuando tornaron a la posada. Ella le habló tan claro, que llegó al alma del galán.

—Nunca, de nadie, habiendo tenido cortejos que pudieron haber hecho mi suerte si hubiérame acomodado a ser menos voluntariosa, he consentido aduanas ni almojarifazgos en cosas de más empeño, cuanto más en niñerías como la de esta tarde. De suerte que si no quitáis las celosías de ese corazón novicio, ya podéis ir mirando a apartaros de mí y de esta vida.

Y dando una rebotada no quiso escucharle ni razones ni disculpas.

Pero aun se le encogió más el ánimo cuando, yendo a guarecerse del chubasco en la característica, que era una vieja muy repintada y que desde su ingreso en la farándula habíale cobrado cierto afecto, no se sabe si natural o por el brillo de los escudos, que se pensó que más había, la escuchó tales razonamientos:

—Mira, hijo, porque bien te quiero, voy a decirte lo que no diría a otro respecto al pleito de amores en que andáis tú y la *Guapa,* con grande desventaja para ti. En lo que has hecho esta tarde, pecaste más de necio que de enamorado, porque aquellas palabras y aquellos hechos eran fingidos, que el poeta los escribió en la comedia, pero aunque hubieran sido más verdaderos debiste de callarte, porque al fin, compañeros sois tú y *Marquillos,* y más cuesta arriba se te hará el ver a tu dama hacerle cara a un extraño, que esto lo entiende mejor que el representar sobre las tablas. Has de saber, hijo—prosiguió—, que es privilegio de las damas de nuestro oficio no dar sofiones a nadie y admitir agasajos de quien se los quisiere dar, porque siempre ello suele traer alguna ayudilla de costa, que las soldadas son cortas, y no siendo en los corrales de la Corte sólo se cobra los días que se representa.

Es privilegio de las cómicas, siendo de tan buena cara como la que tienes por tuya, traer al retortero cuantos galanes puedan, aunque sólo se hociquen con uno,

y que éste lo aguante y lo sufra si de por sí solo no puede atenderle a los caprichos. El que así no lo haga está perdido, y sufrirá más penas que las que se pasan en los profundos infiernos. Esta que tú tienes en tanto como la perla peregrina con que adorna su sombrero el Rey de España, es maestra en galanteos, y pudiendo estar en la Corte ha tenido que salir desterrada de ella en veinte leguas, porque le sorbió el seso a un hijo del marqués de Porar, de suerte, hermano, que si no tienes hígados para sufrir esto y otros muchos privilegios anexos a nuestro oficio, más te vale que antecojas tus bártulos y vayas a buscar tu ventura por otro camino. Si tienes flema, bien te puedes esperar, que a lo mejor cambiamos en manera tan radical, que después de habernos desengañado nos casamos y hasta solemos ser tan buenas esposas que no parece sino que para nosotras compuso fray Luis de León su más famoso libro. Y algunas hay que entran un día en una iglesia, más que por devoción por guarecerse de la lluvia, y quiere su buena ventura que sea a tiempo que ocupa el púlpito un pico de oro; tal mella hacen las palabras del sacerdote en la conciencia un poco averiada de las infelices que allí mismo hacen renunciación de la vida mundana, y yéndose a su casa, dan a los pobres cuanto poseen y profesan en un monasterio. No faltan tampoco las que, pasándose una temporada entre rejas y rezos, se cansan de esta vida y vuelven a la anterior con mayores bríos.

Cada palabra de la vieja histronisa era gota de agua helada que iba cayendo sobre las ilusiones del hijodalgo, que torció su destino, y cuando le pareció que había oído más de lo que quisiera, dejóla con la palabra en la boca y fuése en busca del huésped, al que halló ajustando la cuenta con unos sederos de Murcia.

Díjole que le preparara la suya, que se iba tan pronto como ensillara el caballo, y entróse en la cuadra para hacerlo, pues se pensaba partir sin hacer despedidas, por ahorrarse en un mismo capítulo tiempo y palabras.

***

Cuando tornaba al patio, trayendo del cabestro a *Polifemo,* dióse de manos a boca con el autor de la compañía.

—Pues qué—le dijo—. Tan sobrado está el potro que ha menester de paseos. ¿Dónde vais a estas horas?

De mal talante dió Rodrigo razón de su propósito y continuó tirando del jaco, que le seguía de mala voluntad. Sin duda que habíase hecho al regalo de comer seguido, y haciásele muy cuesta arriba el volver a los ayunos forzados.

Quiso detenerle Ordoño, pero el mozo replicó:

—He menester llegar a Madrid cuanto antes, y si Dios fuere servido, no querría que pasara de mañana al caer de la tarde

—Y ¿se va—prosiguió el otro—, sin decirles adiós a los que bien le quieren ni cobrar siquiera los días que tiene de soldada?

—Sólo quiero responderle que lo de las soldadas quede en buen hora a beneficio de todos, de lo demás no se hable, si no quiere que volvamos a lo pasado.

Ordoño hízose de pencas, como dicen, y doliéndole más la falta del caballo que la de su dueño, del que, habiendo dado ya lo que tenía, nada podía esperarse, continuó:

—Mala cabalgadura lleváis para tanta priesa, que aunque *Polifemo* es de buena casta, sólo está ya para jornadas tranquilas, y no para correr por esos campos como si fuese a ganar el yelmo de Mambrino.

—Pues él, y no otro—dijo el hidalgo—ha de andarse las quince leguas que faltan desde aquí hasta Madrid, o se ha de quedar en la margen de algún camino.

Y descubriéndose el cómico en su intención, arrojóse a decir:

—Y ¿por qué no me le vendéis? A vos no os puede valer, que no sufrirá ni un trotecillo cochinero, en cambio a nosotros, como nunca llevamos priesa, haríamos muy buena obra. Yo le juro que se le pagará de los fondos de la hermandad, más y mejor que lo haría un chalán rumboso.

Iba a responder de no muy buena guisa, cuando llegó el huésped a decirle que su cuenta, incluído el convite que dió a todos los cómicos el día que llegaron a la villa, montaba treinta escudos. Rápidamente hizo balance Rodrigo y vió que le

faltaban seis, con lo que no había más remedio que quedarse, pues el pago de los sueldos ofrecidos y despreciados no llegaba a tanto ni con mucho.

Detúvose a pensar un poco, y al cabo preguntó al autor, indicando al caballo:

—¿Como cuánto es lo que pensáis darme por esta alhaja?

—No puede ser mucho—respondió Ordoño—, que ya visteis con qué poco viento navega nuestra derrotada nave. ¿Paréceos bien lo que le debéis a este hombre? Es cuanto puedo ofreceros.

Y hubo de transigir si quería verse libre a igual tiempo de los cómicos y del posadero.

Puso las bridas de *Polifemo* en manos del cómico, y sin mirarle siquiera, por ahorrarse también esta despedida, dió un silbido a *Garín,* y entrambos salieron de la posada, con más desembarazo y soltura de los que habían entrado una semana antes detrás del carro de los cómicos.

V

Hízosele noche en pleno campo, sin esperanzas de venta ni parador.

Como era tiempo de estío, no fué cosa que le dió mucha pesadumbre, pues según los ahogos y molestias de las posadas, antes era comodidad que otra cosa el dormir bajo la bóveda del cielo.

Sacó del morralillo alguna provisión de boca que habíase procurado en la posada, dió una buena parte al perro, y tumbóse luego, bien ajeno de cuidados y claro de pensamientos; únicamente aun le quedaba algún rescoldo de Lucecica la *Guapa,* pero considerando que no le estaba bien a un hidalgo de tan limpia sangre enfangarse en tanto lodo, echó un velillo sobre los recuerdos y se quedó dormido.

Los gruñidos de *Garín* y el sonido de unas esquilas volviéronle de los gratos estados de Morfeo.

Era un rebaño de ovejas que se acercaba.

El perro del ganado, un gozquecillo de alegre catadura, se avistó con *Garín,* y como entrambos eran pacíficos y de buena índole, no hicieron grandes alardes de hostilidad.

Urbanamente saludáronse el hidalgo y el pastor, y como aquél sentía las comezones del primer apetito, díjole:

—Ved aquí cuatro cuartos o lo que vos penséis que pueda valer y dadme un cuenco de leche de vuestras ovejas.

—No por dineros, sino de gracia y con muy buena voluntad haré yo eso—respondió el arráez del rebaño—, y aun si me acompañáis a la sombra de aquel palomar—y señaló uno que se veía como a un tiro de ballesta—haremos la razón juntos, acompañando la leche de unas riquísimas migas con sebo.

De perlas pareció el convite al mozo, y poniéndose a la par del anfitrión, presto llegaron donde éste decía.

En un periquete estuvieron aderezadas las migas, que ya prevenidas iban en una escudilla. De una alcuza de cuerno que llevaba el hombre colgada junto al zurrón, sacó el aceite, que al calor de una buena hoguera borboritó pronto en una opulenta sartén de trébedes.

Rodrigo juraba a Dios, y entiendo que bien podríanle creer sin grande esfuerzo, que en todos los días de su vida había almorzado mejor.

—Y ¿a dónde bueno va su merced?—preguntó el pastor a Rodrigo, y como éste dijera que a la corte, hizo el hombre tal vejamen y desprecio de ella, que dejó tamañito a aquel don Antonio de Guevara, que compuso el *Elogio de la aldea.*

—Mejor le estuviera—arguyó el flagelador—quedarse en la paz del campo, gobernando algún rebaño o guardando alguna heredad, que ello le iría tanto en provecho de la salud de su cuerpo como de la de su alma. Siendo mozo estuve en ella sirviendo al Rey, y desque me diera el canuto de la licencia, ni con el pensamiento he querido volver.

Miles de razones expuso que no son del caso, y aunque algunas de ellas hicieron tal cual descalabradura en las ilusiones de Rodrigo, no consiguió que se desmoronaran del todo, y así cuando le pareció que ya había descansado un buen

espacio, levantóse del mullido césped preguntando al partir si faltaba mucho para llegar a Segovia.

Respondióle que a buen paso podría llegar antes del mediodía. Predicole otra vez que si quería quedarse agradecido buscase un amo lugareño antes que un señor cortesano, agradecióle el mozo la buena intención y sin detenerse más emprendió la jornada nuevamente.

***

Pasando por Cuéllar quedóse maravillado a la vista de un famoso castillo, y tanto fué así que no quiso seguir adelante sin hacerle la debida devoción que su sangre señoril le recomendaba.

Cuando vió de lejos la bellísima mole acalláronle algo los sentidos y comenzó a soñar despierto que eran otras edades. Que el castillo estaba habitado y por entre las almenas advertíanse las guardas, las cuales le miraban llegar y habrían de anunciar su presencia al altivo castellano.

Sintió el metálico sonido de una trompeta y creyó que la puente levadiza descendía con gran ruído de cadenas para darle entrada.

Pero el grato y marcial tañido con que soñó su fantasía, no era sino la voz de un cuerno que tocaba un calderero andante que iba haciendo acopio de hierro viejo para su oficio.

Así y todo subió hasta la venerable mansión, y al amor de sus paredes descansó tanto, que no pudo llegar a Segovia a la hora que el pastor le predijera, sino ya cuando el día comenzaba a trocarse en noche.

VI

Mala entrada tuvo nuestro hombre en la hidalga ciudad de Segovia, venerado altar de las muertas comunidades castellanas, pues, que cuando muy satisfecho y lleno de confianza apechugaba con las empinadas cuestas que llaman del Doctoral, antojósele al inexperto *Garín* (que como galgo campesino poco o nada sabía de los mil peligros a que los individuos de su casta están sujetos en las ciudades) de engullirse un manjar apetitoso que se halló a boca, y que resultó ser una *bola* tridora de las que son pasión y muerte de la familia canina.

Hocicó en seguida en un charco, y a dos lengüetadas de agua que se echó a pechos, comenzó a revolcarse y en dos retortijones se le quedó la perra vida entre las sedientas fauces.

Tal impresión recibió Rodrigo por aquel inesperado contratiempo, que hacíale perder al único amigo que había en el mundo, que estuvo para volverse sobre lo andado y acojerse a la vida campestre que tanto le elogiara el pastor dadivoso, pero lo pensó mejor y hallando que por perro más o menos nunca se debe apurar un hombre, dió el último adiós a aquellos fieles despojos y... entró en la ciudad.

La primera posada con que topó fué en la misma plaza Mayor, al amparo de la Catedral. Pidió albergue y diéronsele no muy bueno porque hasta el patio estaba lleno por ser al día siguiente día de mercado.

Así de que tomó posesión de su estancia, que era un cuchitril junto a un pajar, fuese a la cocina y pidió la cena, que a pesar de la pesadumbre de *Garín,* despachó con mucho gusto y mejor gana.

Cuando acabó su colación, que en buena ley de Dios no podía llamarse cena, comenzó a mirar el entretenimiento de tres arrieros y un sopista que divertíanse jugando un poco de *presa y pinta.* Los otros, como viéranle pendiente de la partida, no tardaron en convidarle con un puesto, diciéndole que más jugaban por pasar el tiempo que por codicia, así era que por mal que soplárales la fortuna, no irían a la ruina.

Tentóse Rodrigo solapadamente la faltriquera y se cercioró de que casi poseía intactos los veinticuatro escudos.

Aquel legado había privilegio de inmortalidad.

Aceptó el sitio que le hacían con tan buena cortesanía y prosiguió con mucha fé la devoción del desorejado Jorge.

Las primeras jugadas, como novato que era, las ganó todas, pero así como los otros viéronle bien dispuesto, mudáronse las tornas de tan mala suerte para el mayorazgo huérfano, que cuando dieron las diez en el reloj de la Catedral, no le

quedaban más de seis reales de la herencia paterna; lo preciso para pagar cena y posada sin que le quedase un cuarto que dar de propina a la moza que le sirvió.

Mohino y cabizbajo quedóse el hombre, pero no hubo más remedio que resignarse, aunque en principio tuvo idea de poner mano a la espada y cerrar contra todos para que volviéranle su dinero, que a él antojábasele ganado con malas artes, pero conoció que esto no era buen órden y comenzaba a hacer acopio de resignación, cuando la casualidad vino a ponerse de manifiesto que no iba descaminado en pensar que le habían tratado como partida bandolera.

En una de las junturas de la mesa que valió por potro de su dinero, había hendido un naipe; tiró de él y teniéndole en la mano, advirtió por el tacto algunas señales sospechosas. Tal descubrimieno tuvo inmediatamente un flúido de inteligencia con lo desmedrado de su bolsa, donde hasta poco antes habían existido orondos y refulgentes sus veinticuatro escudos.

No quiso hacer más diligencias, y como no era nada apocado, aunque nuevo en la vida, cuyas jornadas comenzaba a andar, miró a poner en cobranza el agravio y el dinero.

Estábanse los avisados en la cocina celebrando el buen negocio, y pidiéndole a Dios que de aquellos cayesen media docena cada día. Vióles Rodrigo y pasó ante la puerta sin hablarles palabra; echó escalera arriba y entrando en el aposento que le habían destinado tomó una pistola, que sin duda era de algún viajero olvidadizo, pues ya se sabe que el mozo no traía más armas consigo que aquella espadilla vieja y cerciorándose de que estaba cargada, salióse a la galería por donde habrían de pasar sus desvalijadores, para entrar en sus respectivos aposentos.

No fué muy larga la espera. Pronto se oyó el bullicio de los cuatro bigardos, y el ruído de sus pisadas en los desvencijados peldaños de la empinada escalera.

En cuanto el primero puso el pie en el corredor, sintióse asido por una fuerte mano al mismo tiempo que el contacto del cañón de la pistola apoyada sobre la sien le helaba la sangre en las venas.

—Amigo, se han vuelto las tornas—dijo—ahora soy yo quien juega de ventaja, asi es que sea servido vuesamerced de echar en ese sombrero—y señalaba el suyo que tenía delante de sí—cuanto dinero lleve encima.

El desaprensivo tahur, que no se esperaba aquel ataque, hizo cuanto le mandaban. Ya los otros comenzaban a darse cuenta del despojo y como no llevaban sobre sí otras armas que las uñas, comenzaban a ponerse en retirada cuando Rodrigo asomando el pistolón por encima de sus cabezas, les detuvo con tales razones.

—Si un escalón más bajais, señores bellacos, haced cuenta que descendéis a los profundos infiernos. Venid acá y pagad vuestro almojarifazgo, que oficio de tanta honra como el vuestro no ha de pasar sin rendir su gabela.

Y los otros que conocieron que el mozo, por lo desplumado que quedaba era hombre de cumplir lo que prometía, agacharon las orejas, levantaron las manos y terminaron de subir. Al cabo de la ascensión fueron tan gentilmente desvalijados como el primero.

En seguida, asiendo de una cuerda que había en un clavo, arremetió con todos tres, y a puros cordelazos, como diz que hizo Cristo con aquellos mercaderes que topó en el atrio del templo, hízoles pasar al desván que valíale por habitación; una vez dentro, dió vuelta a la llave y la guardó en el bolsillo. Después puso el torzal de cáñamo en manos del primero a quien atrapó y le mandó que atase recia mente a los otros, dejando un cabo bastante largo.

Así de como fué servido, tomó el dicho cabo y ató al otro con sus camaradas; cercióróse de si los nudos estaban bien apretados, y como vió que no desharían a dos tirones, tomó el dinero, y poniéndose la pistola en el cinto, dijo:

—Ahora, caballeritos, aunque mucho se me haga dejar vuestra compañía, que después de todo no ha dejado de serme provechosa, adiós, que me mudo. A tiempo que pagáis vuestro gasto, no os olvidéis de pagar el mío, que yo no estoy para entretenerme: además, que justo es que ya que veníades por lana, salgáis trasquilados. ¡El diablo os guarde!

Y sin detenerse a más explicaciones, saltó por la ventana, que no era muy alta, y despareció entre las tupidas tinieblas de la noche.

VII

A otro día muy de mañana comenzó a subir el Puerto, y quiso su ventura que pasando Riofrío, hallóse con un arriero que llevaba su recua casi vacía, pues que no llevaba más de un hombre tullido sobre uno de los mulos, y sobre otro, dos sarquetas de paja que habría de dejar en Villalba. Ajustóse con él, y por seis ducados le concedió pasaje hasta la misma posada de San Pedro, que está en el corazón de la morería matritense.

Mientras caminaba, hizo arqueo, y hallóse con doscientos ducados más sobre la herencia paterna.

Como era de buen donaire, presto hizo amistad con el compañero de viaje y aun con el mismo amo de la reata, que era un rico arriero de Turégano.

El tullido que hacía jornada en la recua estaba falto de un brazo, y había una razonable mella por la falta de dientes, dos en la parte de arriba y uno en la de abajo. Representaba como unos sesenta años, y en los deslucidos jirones de su indumento echábanse de ver algunos vestigios militares, tales como el canuto de lata donde guardaba la licencia, unas medallas de bronce con el busto de Felipe II y un chambergo de alta copa que desde cien leguas publicaba haber salido de manos bravantinas.

Rodrigo no dejaba de mirarle, porque el empaque del tal viejo era por extremo atrayente, y para todo cuanto veía tenía un recuerdo de su mocedad. Por ejemplo: paraban junto a un bullicioso torrente que despeñaba el agua cristalina desde gran altura, y a la admiración de sus dos compañeros de viaje decía el hombre:

—Más bravíos los he visto yo en el Tirol, cuando tenía sano el brazo que me falta.

Cruzaban por un enmarañado bosque donde no lograban penetrar los agudos rayos del sol, y al hacer comentario de ello, atajábales el camarada:

—No hable de bosques quien no ha visto el de Vicennes; allí sí que el día es noche y la noche las mismas tinieblas del infierno. Quién me diera aquellos tiempos en que la anduve con el arcabuz al hombro, esperando a cada momento dejar la vida en una encrucijada.

—Luego ¿fuisteis soldado?—preguntó Rodrigo.

—Nunca en mis días, hasta habrá dos años, hube otro oficio.

—Y ¿perdísteis ese brazo en la guerra?—inquirió el trajinante.

A que el viejo respondió con un dejo de melancolía, bañado en unos tintes de desesperación.

—Lo perdí en la paz.

Y tanto por satisfacer la curiosidad de sus acompañantes como los tiempos alegres de su mocedad, con lo que parecía que se quitaba de encima años y pesadumbres, dió razón de su pasado hasta dar en cómo quedó lijado e inútil, y por ende, en el olvido de la patria, por quien tantas veces vertiera la sangre, y al amparo de Dios:

Desde sus años mozos había servido en los ejércitos del Rey, así por mar como por tierra. De grumete en la nave capitana asistió a la famosa expedición de las Islas Terceras, y entonces hizo muy buena amistad con un soldado bisoño y arrojado que llamábase Lope Félix de Vega, y fué, andando los días, esplendoroso Febo del parnaso castellano.

Pasó luego al servicio de la guerra de Flandes, donde no teniendo aun cumplidos los veintitrés años alcanzó, por su arrojo y su bravura, el empleo de cabo de escuadra.

El Mellado, como le decían, a causa de haber perdido tres dientes por obra de un certero cantazo, era una institución en el *Tercio,* y bien podía creerse que éste no llevaba a cabo hecho importante, en que no se hallara nuestro hombre y se portara tan bien como el que más. Hartas veces teníanle citado en la orden de plaza, y siempre quedaba con empuje y arrojo para hacer más.

Don Luis de Recasens, en pago de los méritos de guerra que tenía contraídos, quiso darle la alcaidía del castillo de Amberes, pero el hombre rehusó modesta y francamente:

—Mire vuecelencia—le dijo—, que dándome una honra que no merezco hará

un deservicio al Rey; yo no valgo sino para ser mandado; dígame: "*Mellado,* es menester que vayas a aquel fuerte erizado de enemigos y le hagas volar como una pavesa", y verá señor cuán presto el mandato es realidad; pero no me ponga con jurisdicción sobre alguien, porque dentro de esta cabeza que tiene la honra de inclinarse ante vuecelencia, no hay seso bastante para concertar dos ideas juntas.

Rióse el gobernador y dejóle a su albedrío.

Pasaba el tiempo y *el Mellado* continuaba en el *Tercio* tapizándose el pecho de cruces y medallas, pero sin pasar arriba de sargento.

Hartas veces habíanle propuesto sus jefes para cruzarse una banda y aun admitir una coronelía, pero ni al empleo de alférez quiso llegar.

—Un arcabuz me dieron al entrar en aquella galera cuando fuí a las Islas, siendo mozo—decía—, y con un arcabuz en las manos, cuando se acabe la guerra, o cuando ya no me quieran por viejo, he de salir de la milicia del Rey.

Siempre que se quejó y aun rebeló la gente de armas, por los continuos atrasos de las pagas, jamás se escuchó en son de protesta la voz de *el Mellado;* antes tildaba a sus camaradas de febles y muelles:

—Pues ¿qué sacrificio hubiera, ¡voto a Dios!—les decía—, si lo pasáramos orondos y lustrosos como canónigos, durmiendo a pierna suelta sobre colchones de plumas? Estas *cosas* se han de sufrir como gajes del oficio y no como pesadumbres, demás que a un buen soldado nunca le falta que comer.

Y tan cierto era que sentía las cosas tal y como las hablaba, que cuando llegó el momento en que se envió de España la miseria de unos millares de escudos para acallar las protestas y posibles disturbios, el viejo soldado no quiso tomar la parte que le correspondía. No admitió sino unos calzones y un coleto de ante, porque ya los que llevaba eran un puro guiñapo.

La guerra no tenía trazas de acabar, y los más hábiles diplomáticos ni siquiera se atrevían a hacer cálculos ni conjeturas de cuándo sonaría el trompetazo de la paz.

Era lo notable que aunque el arrojado veterano habíase encontrado siempre en los asaltos más peligrosos, en los combates más encarnizados y en los ataques más sangrientos, jamás le rozó una bala ni le arañó el filo de un acero, ni una gota de pez hirviente le chamuscó la pelambrera, que la tenía harto enmarañada y fosca.

Esto él, a fuer de buen cristiano, atribuíalo a un escapulario de Nuestra Señora del Carmen que llevaba siempre puesto encima del corazón.

Bien es verdad que en sus ratos de murria, decía que era mala suerte y porque nadie había que pudiese llorar sobre su tumba, y así, no valiendo ni siquiera una pena, ¿para qué había menester Dios de su sacrificio?...

Había pasado un montón de años, más de treinta, desde que el hombre se hallara en Flandes, cuando un día se comenzó a hablar de paz. *El Mellado* comenzó a entristecerse.

¿Qué iba a hacer si acababa la guerra?

Ya viejo y caduco no le querrían en parte alguna; sólo quedábale como esperanza exhibir el canuto de sus licencias en la solana de la calle de Segovia y en el mentidero de San Felipe.

De allí a poco, la paz tan deseada por los pueblos invadidos fué un hecho.

Las tropas del Rey de España comenzaron a tomar el rumbo de la Península.

El Mellado miró su arcabuz, tan viejo como él, y los ojos llenáronsele de lágrimas.

Quiso dispararle por la vez postrera, y para ello salióse detrás de su tienda.

Cebó el arma, prendió la mecha y caló la cuerda; acercó ésta al cebo, y un horible estampido atronó los ámbitos...

La mortífera máquina había reventado en manos del infeliz, destrozándole el brazo derecho...

....

Puesto que le pesaba de mendigar en su patria como veterano del *Tercio Viejo* de Flandes, ya podía hacerlo como pobrecito de Dios en la lonja de la Victoria o en las *gradas* de San Felipe...

Cuando el triste acabó su relación tenía los ojos llenos de lágrimas, y los que le oían no acertaban a encontrar palabras que le sirvieran de consuelo.

VIII

A este tiempo columbraron una venta y encamináronse a ella para tomar alguna cosa y dar un pienso y algún descanso a las caballerías.

Al mayorazguillo habíanle llegado tan al alma los infortunios de *el Mellado*, que aunque el infeliz no quería consentirlo compartió con él su legítima, a cambio de que sirviérale de introductor en la Corte.

Con esta condición tuvo el veterano menos escrúpulos y aceptó, diciéndole:

—Lo que no pueda ayudaros por mi desgracia y mucha necesidad, lo suplirá la experiencia de los años, que podrá aconsejaros con conocimiento de causa y os advertirá dónde están los peligros, pues, aunque poco, tengo corridas aquellas calles, que nunca fuí hombre dado a la vagancia, sé dónde les aprieta el zapato a los madrileños, porque tengo tratado a muchos antes y después de ser soldado.

Almorzaron todos tres a costa del arriero, que quiso corresponder con el convite a la crónica desventurada del veterano inválido y al buen aquel y franqueza de carácter del señor don Rodrigo, que como se ve tenía demasiada alma para ser hidalgo de los que por el entonces se llamaban de *bragueta,* esto es, de sangre rancia, los cuales no solían ser nada apacibles para el prójimo inferior, sino muy vanos y necios, pensándose que aun el aire que respiraban debíansele por privilegios de jerarquía.

Reposaban gustosamente el almuerzo bajo el frondoso emparrado que había a la puerta de la venta, cuando a lo lejos, por el desfiladero que formaban dos altas montañas, vieron avanzar un tropel de gente a caballo y algunos coches de camino.

Comenzaban a hacer conjeturas de quiénes podrían ser los que llegaban, cuando a todo galope de un magnífico alazán cubierto de sudor, apareció un hombre con vistosa librea:

—Dónde está el huésped—preguntó—, y al eco de las palabras acudió el ventero, que respondió:

—A vuestros pies, señor.

—Su Majestad, que va a El Escorial, está llegando y quiere almorzar en la venta—dijo el caballero.

El ventero, todo azorado y confuso, comenzó a disculparse que su casa era pobrísima, y así no había manjares ni servicio para tan gran señor; de todas maneras, si él hubiera sabido de antemano el acontecimiento, se hubiera prevenido, pero así no tenía qué darle.

Empezaba el cortesano a lanzar improperios contra la miseria de la venta, cuando llegó la comitiva.

Felipe IV (que era el monarca) apeóse del coche, acompañado de su hermano el infante Don Fernando, y advirtiendo la polémica, se llegó al aposentador y le preguntó:

—Pues ¿qué pasa, Diego?

—Señor—respondió el preguntado—, que en esta venta no hay cosa prevenida en honra de Vuestra Majestad, y así habremos de pasar adelante.

—Me pesa—dijo el Rey—, porque el lugar es lindo por extremo, y me holgaría de despachar un par de huevos con unas lonchas de jamón debajo de esa parra. Siempre que he pasado por aquí tuve deseos de hacer esto, y siempre me fué forzoso dejarlo, acuciado por la priesa.

El ventero, todo trémulo, pero con alguna sospecha de satisfacción en el rostro, exclamó, poniéndose de rodillas ante el soberano:

—Señor, pobrísima es mi casa, pero no tanto que no pueda servirle lo que ha dicho V. M., y aun sobre ello, un vinillo frío de la Nava, y un cestillo de fruta que aun está en el árbol.

—Pues no ha menester más, amigo—repuso el monarca—, pica aderezarme todo eso, que yo te lo sabré agradecer.

El hombre vió el cielo abierto, y dando voces a su mujer, despareció por el portalón de la venta.

Uno de los servidores trajo de los coches dos ricas sillas de tijeras y colocóla bajo el emparrado y sentáronse el Rey y el infante Cardenal.

Por un buen espacio estuvieron contemplando el magnífico panorama.

—No me negarás, Velázquez—dijo al caballero que encontró discutiendo con el huésped—que este sea mal fondo para tus cuadros, que no creo que tiene mucho que envidiar aquellos de *El Pardo* y de *La Casa de Campo,* que pusiste en mi retrato y en el del Conde-Duque.

—Cierto, señor—respondió el aludido.

Paró el Rey mientes en los caminantes de la recua, que estaban a una parte como asustados, y se le fué la idea de la conversación comenzada con su aposentador y pintor de cámara.

—Acercaos, buenos hombres—exclamó—. Sois, por ventura, familia del huésped

El arriero se acercó primero e hizo la presentación de todos, diciendo:

—Señor, este mozo es un hidalgo huérfano que se ha visto en honra y va a pretender a Madrid; estotro anciano fué sargento del Tercio Viejo, y perdió un brazo en servicio de Vuestra Majestad, va a la Corte a... pedir limosna, y yo soy Fabricio Herrero, trajinante de Turégano, que los llevo en mi recua.

—Y ¿qué pretendéis vos?—preguntó el Rey, encarándose con don Rodrigo, y respondió éste:

—Señor, lo que a este anciano dió honra y manquedad, un servicio en vuestras banderas, y será el logro de mi ventura si un día puedo ceñirme a los pechos la banda de capitán.

—Y ¿vos, buen viejo?—inquirió a *el Mellado.*

—¿Qué habré de pedir, señor, si lo que me den no podré tomarlo? ¿Le parecerá mucho a Vuestra Majestad una cama en un hospital y un poco de sol en un patio?...

El Rey les tendió la mano y les dijo:

—Se hará como pedís, y volviéndose a un gentilhombre, todo sedas y encajes, —Estos hombres quedarán aquí a mi costa hasta que pasemos mañana, entonces los agregaremos a la comitiva, y allí diréis de mi parte al Conde-Duque que cumpla sus deseos...

Así como el Rey despachó su frugal almuerzo y reposó un poco, charlando con el Príncipe, alzóse y se dispuso a marchar, dando antes besamanos a cuantos habían en la venta.

Cuando ya la comitiva había emprendido la partida, llegóse don Diego Velázquez al huésped y le preguntó:

—Buen hombre, ¿qué se os debe del almuerzo del Rey?

El villano, luego de rascarse la cabeza, dijo:

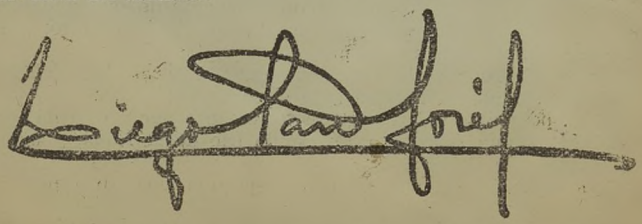
—Señor, veinte ducados.

—¿Cómo veinte ducados, pues tan caros van por aquí los huevos?—exclamó el aposentador lleno de asombro.

A que replicó el huésped, con esa socarronería tan peculiar en los campesinos de Castilla:

—Los que van caros son los reyes, señor ..

El pintor insigne y criado del Rey dió riendo lo que le pedía aquel bigardo y picando espuelas al caballo, fué a sumarse a la comitiva, que comenzaba a perderse en una revuelta del camino...



PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498